

¿Es necesario el bautismo?



¿Es necesario el bautismo?

Por Roderick C. Meredith

¿Qué viene a su mente cuando se observa a usted mismo? ¿Qué importancia le merece el perdón de Dios? ¿Siente realmente la necesidad de un Salvador?

Usted posiblemente fue bautizado cuando era niño o recién nacido. Tal vez ni lo recuerde. ¿Cree que ese bautismo sea válido y aceptable a los ojos de Dios? ¡Esta es una pregunta de vida o muerte, porque su propia salvación depende de la respuesta!

Edición 2.0, 2014.
Reservados todos los derechos
Copyright © 2013 Living Church of God ®

Título original en inglés:
Christian Baptism: Its Real Meaning
Traducción: Margarita Cárdenas

Este folleto no es para la venta

Es un servicio educativo gratuito que se ofrece en beneficio del público.

*Salvo indicación contraria, los pasajes bíblicos que se citan en esta publicación
han sido tomados de la versión Reina Valera, revisión de 1995.*

Impreso en Canadá

Me dijo un veterano de la Segunda Guerra Mundial: “He transgredido todos los mandamientos de Dios”. Y alzando la voz, estremecido exclamó: “Necesito bautizarme”. Estaba muy consciente de que era pecador y que necesitaba la salvación. Para entonces, yo era un estudiante de 22 años de edad y estaba participando en una gira de bautismos. La sinceridad de este hombre y su actitud de genuino arrepentimiento me impresionaron en gran manera. Se vio tal cual era y reconoció su urgente necesidad de un Salvador!

Siguiendo este ejemplo, mírese a usted mismo. ¿Qué opina de lo que ve? ¿Cuán importante es para usted el perdón de Dios? Si usted se ha dado buena vida, ¿considera que el bautismo sea algo necesario? ¿Se ha detenido a pensar en la necesidad de un Salvador?

Usted posiblemente fue bautizado cuando era niño o recién nacido. Tal vez ni lo recuerde. O quizás de adolescente o adulto decidió “entregar su corazón a Cristo”. ¿Cree que ese bautismo es válido y aceptable a los ojos de Dios? Esta es una pregunta de vida o muerte; su propia salvación depende de la respuesta!

Millones ENGAÑADOS

Es fundamental reconocer que la gran mayoría de los habitantes del mundo, incluso los muy religiosos, han sido **engañados**. El apóstol Juan habla de “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual **engaña** al mundo entero” (Apocalipsis 12:9). Pero es muy difícil para la gente reconocer que ha sido *engañada*, que ha estado siguiendo doctrinas

¿Es necesario el bautismo?

y prácticas equivocadas.

Si comparamos los ejemplos y claras enseñanzas de Jesucristo con lo que se entiende en la actualidad por “cristianismo”, encontraremos una **gran** diferencia. Como afirma con franqueza el doctor Rufus Jones: “Si los seguidores de Jesucristo lo hubieran puesto como modelo o ejemplo de un nuevo camino, y si realmente hubieran intentado poner su vida y enseñanzas como normas de la Iglesia, el cristianismo habría sido algo **totalmente diferente** de lo que llegó a ser. No habría existido la gran herejía actual, una desviación de sus caminos, de sus enseñanzas, de su mística, de su Reino” (*The Church's Debt to Heretics*, pág 15).

Por no seguir precisamente las normas de Jesús y de los primeros apóstoles, la cristiandad se encuentra en un mar de confusiones y divagaciones. Recordemos que el mismo Jesucristo nos advirtió sobre los falsos líderes religiosos cuando dijo:”Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo” (Mateo 15:14).

Con franqueza debo reconocer que yo también era **ciego** ante las verdades básicas de la Biblia. Pertenecí a una iglesia protestante y fui presidente de mi escuela dominical. Mis padres eran graduados de un colegio patrocinado por esa misma iglesia a la que toda la familia asistía con regularidad. Aun así, yo no tenía **ni idea** del propósito fundamental de la existencia humana, *ignoraba por completo* las grandes profecías bíblicas para el tiempo del fin y jamás se me enseñó acerca del **poder** del Espíritu Santo para *cambiar* mi vida y hacer posible que Jesucristo *viviera su vida* en mí (Gálatas 2:20). Increíblemente, tenía fama entre mis amigos como el más versado en la Biblia y en asuntos religiosos. A menudo me preguntaban sobre el propósito de la existencia humana y por supuesto que recibían una respuesta confusa.

Fui bautizado siendo niño, incapaz de discernir entre mi mano izquierda y la derecha; y por ende, incapaz de comprender la gravedad del pecado y la necesidad de un profundo **arrepentimiento** para aceptar a Jesucristo como mi salvador. ¿Era yo un verdadero cristiano? *iDefinitivamente no lo era!*

Mi búsqueda personal de la verdad

En aquella iglesia protestante yo era uno más entre los **millones** de seres engañados que **jamás** se preguntan si están en la verdadera Iglesia de Dios y si reciben auténticas enseñanzas de Dios o, por el contrario, ideas o invenciones de hombres engañados. Por fin, en los últimos años de mi adolescencia, Dios comenzó a abrir mi mente para comprender

lo que significaba la verdadera religión. En lugar de limitarme a leer los Evangelios o lo Salmos para recibir “inspiración”, empecé un **estudio** formal de la Biblia, como quien estudia un libro de historia o de ciencias. Pedí a Dios *entendimiento*, y proseguí durante meses leyendo y tomando apuntes, releyendo y meditando sobre el Nuevo Testamento; hice luego lo mismo con el Antiguo Testamento, procurando entender *lo que Jesucristo realmente enseñó*.

Durante mi estudio personal comencé a darme cuenta de que el verdadero cristianismo no es solo creer en la *persona* de Cristo, sino creer en su **mensaje** y actuar conforme a este. Entendí que un verdadero cristiano debe *entregarse por completo* a Cristo para que Cristo viva dentro de él por medio del Espíritu Santo. Como escribió el apóstol Pablo: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios” (Romanos 8:14). Más adelante afirmó: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Empecé a entender las advertencias de Jesús de no aceptar ni utilizar su nombre en vano: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo” (Lucas 6:46). Y: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos” (Mateo 7:21).

Ahora, amigo lector, ¿en qué estado piensa usted que se encuentra?

¿Habrá abierto Dios su mente hasta el punto de comprender que Él es realmente el Gobernante del Universo? ¿Que es un verdadero Creador y que gobierna sobre todas las cosas? ¿Se da usted cuenta de que Jesucristo no solo vino al mundo para morir por nuestros pecados sino que ahora está **vivo** a la diestra del Padre en el Cielo y que es nuestro Sumo Sacerdote? ¿Comprende usted que Cristo **vivirá su vida** en nosotros mediante el Espíritu Santo que nos fue prometido siempre y cuando nos arrepintamos y nos bauticemos? ¿Y que su vida en nosotros será la **misma** vida obediente que manifestó durante su existencia en la carne? Porque, “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

Todos necesitamos ayuda... *muchísima* ayuda. Nuestra fuerza propia no basta para vencer debilidades y pasiones, vencer al mundo y al mismo Satanás. El Dios que nos formó prometió darnos la ayuda y fuerza espiritual que necesitamos. Jesús dijo: “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26). Luego afirmó: “Cuando venga el

¿Es necesario el bautismo?

Espíritu de verdad, Él os guiará a toda verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (Juan 16:13).

CREAMOS lo que Jesús enseñó

El principal **mensaje** que Jesucristo vino a predicar fue el venidero Reino de Dios. Leámoslo en el Evangelio según Marcos: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del Reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15).

Para recibir el Espíritu Santo y ser verdadero discípulo de Jesucristo, es necesario **arrepentirse** de los pecados y **creer** en su evangelio. Si aceptamos el mensaje evangélico sobre el Reino de Dios, debemos poner nuestra buena voluntad para obedecer las **leyes** de ese Reino: Los diez mandamientos. Cuando un joven le preguntó a Jesús: “¿Qué bien haré para tener la vida eterna?” (Mateo 19:16), Jesús le respondió: “Si quieres entrar en la vida, **guarda los mandamientos**. Le dijo: ¿Cuáles? y Jesús dijo: No matarás, No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, amarás a tu prójimo como a ti mismo” (vs. 17-19). En su respuesta Jesús hizo una clarísima referencia a los diez mandamientos como **camino** de vida para quienes deseen alcanzar el Reino de Dios.

Posteriormente, ya como nuestro Sumo Sacerdote y Cabeza viviente de la Iglesia, Jesús inspiró al apóstol Santiago para que explicara que el cristiano debe guardar **todos** los puntos de la ley de Dios. En realidad, debemos vivir como quienes serán “juzgados” por los diez mandamientos, ya que esta es la ley que establece las normas de conducta de un verdadero cristiano.

Juan, “el discípulo a quien amaba Jesús”, hizo una severa advertencia a quien menospreciara las claras enseñanzas bíblicas de obedecer los diez mandamientos: “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” 1 Juan 2:4). Muchos que se declaran cristianos y aun famosos predicadores podrán saber mucho acerca de Dios, pero no conocen realmente a Dios, y no lo conocerán si no se **entregan** por completo y dejan que Jesucristo **viva su vida obediente** en ellos mediante el Espíritu Santo. Así podrían sentir cómo se vive con el carácter de Dios y verdaderamente llegarían a conocerle.

Pero, ¿acaso los verdaderos cristianos guardan perfectamente los diez mandamientos todo el tiempo? *¡Por supuesto que no!* El apóstol Juan,

refiriéndose a los cristianos, dijo: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a **nosotros** mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:8-9).

Este limpiarse del pecado es una acción continua, ya que el cristiano es llamado a **crecer** “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18).

Todo nuevo converso cometerá errores; de hecho, todos los cristianos cometemos errores, pero los corregimos y lo intentamos de nuevo. Ocasionalmente nos saldremos del camino, pero nos **arrepentimos** con la ayuda del Espíritu Santo y volvemos al sendero de la obediencia a los mandamientos. Porque la ley espiritual de Dios, representada por los diez mandamientos, es el verdadero **camino** de vida. El rey David, varón conforme al corazón de Dios, exclamó: “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación. Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos” (Salmos 119:97-98).

¿Qué hará usted?

Si Dios lo está llamando y usted desea llegar a ser un verdadero cristiano, ¿qué hará? La respuesta la dio el apóstol Pedro en el primer día de Pentecostés del Nuevo Testamento, cuando muchos judíos, conscientes de sus pecados, preguntaron: “Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:37-39).

Piense detenidamente en esta instrucción básica de la Palabra de Dios: Debemos ser bautizados “para perdón de los pecados”. Evidentemente es fundamental **arrepentirnos** del pecado.

*Ahora bien, ¿sabe usted qué **es** pecado?*

La definición más clara y directa que nos da la Biblia se encuentra en 1 Juan 3:4: “Pecado es infracción de la ley”; “quebrantamiento de la ley”, dice la Biblia de Jerusalén. De manera que debemos *iarrepentirnos* de quebrantar la ley espiritual de Dios, los diez mandamientos! También debemos estar plenamente conscientes de que Jesucristo vino a “magnificar la ley y engrandecerla” (Isaías 42:21). Recordemos que en el sermón del monte Jesucristo fue muy claro al decir que el sexto mandamiento no solo prohíbe matar, sino abrigar en el corazón odio o amargura, porque son *actitudes* equivalentes al **homicidio** (Mateo 5:21-22). El cristiano no

¿Es necesario el bautismo?

solo **no** comete adulterio, sino que ni siquiera permite que tenga lugar en su mente (vs. 27-28).

Jesucristo, lejos de menospreciar o abolir la ley de Dios, hizo que los diez mandamientos fueran aún más *estRICTOS*. De manera que la **única** forma como lograremos vivir cada día con más apego a la ley de Dios, es permitiendo que Jesucristo viva su vida en nosotros. Como ya dijimos, es realmente necesario que vivamos siempre **creciendo** en gracia y conocimiento.

Mediante el Espíritu Santo recibimos el **amor** de Dios que nos capacita para guardar su ley espiritual. “La esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). Ahora bien, ¿cuál es ese amor de Dios que recibimos los verdaderos cristianos y cómo nos capacita? Veamos la explicación de apóstol Juan: “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3).

Podríamos decir que el amor de Dios fluye como un río por el cauce de los diez mandamientos. Los mandamientos nos enseñan la forma de amar a Dios y a nuestro prójimo, y contrariamente a los argumentos de muchos líderes religiosos, **no** son “gravosos”; porque si obedecemos los diez mandamientos, estos se convierten en la “ley de la libertad”, como la define el apóstol Santiago en su Epístola (Santiago 1:25; 2:12). Si la humanidad obedeciera los mandamientos, se **liberaría** de tanto sufrimiento causado por el crimen, las guerras y el adulterio; no habría hogares destrozados y se evitaría un sinnúmero de problemas.

En el venidero Reino de Dios la humanidad entera obedecerá los diez mandamientos. Estos serán el *sistema* de vida que traerá **paz, prosperidad y felicidad** en el reinado milenario de Jesucristo. “Acontecerá en los posteriores tiempos que el monte de la casa del Eterno será establecido por cabecera de los montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos. Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos *ensañará en sus caminos*, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá *la ley*, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y Él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra” (Miqueas 4:1-3).

Importancia de calcular el costo

Volviendo al discurso de Pedro en el primer día de Pentecostés del Nuevo Testamento, recordemos que en él exhortó a aquellos judíos a **arrepentirse**. Arrepentirse del pecado no es simplemente sentir remordimiento. El verdadero arrepentimiento incluye la convicción de que hemos sido **pecadores** y que sistemáticamente hemos transgredido y pisoteado la ley de Dios tanto en el espíritu como en la letra. Significa también reconocer que no solamente hemos hecho el mal, sino que somos malos. El apóstol Pablo lo explica de esta manera: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Romanos 7:18), Luego agrega: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (vs. 24-25).

Si Dios lo ha guiado a usted a un arrepentimiento genuino; *iha llegado el momento de su bautismo!* Pero antes necesita calcular “los gastos”, como dijo Jesús: “Si alguno viene a mí, y no aborrece [Nota: el verbo aborrecer como lo usó Jesús, es un hebraísmo que no significa odiar, sino amar menos que a Dios a los seres queridos] a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y *calcula los gastos*, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?” (Lucas 14:26-28).

Pregúntese, con la ayuda de Dios, si usted *realmente* está dispuesto a poner a Dios antes que a su familia, amigos, trabajo, dinero o posición social; o si su corazón será como el de aquellos fariseos en tiempos de Jesús que “amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Juan 12:43).

¿Se ha hecho Dios **real** para usted? ¿Será Él lo *primero* en su vida? O quizás, ¿tiene usted todavía algún “ídolo” secreto más importante que Dios entre sus actitudes, hábitos o preferencias? Un ídolo así impide tener una buena relación con Jesucristo.

Recordemos que arrepentimiento significa **cambio**. ¿Está usted dispuesto a aceptar *confie* el sacrificio de Jesucristo por sus pecados? ¿Está dispuesto a someterse totalmente a Él y dejar que se haga cargo de **cambiar** por completo su vida?

¿Ha alcanzado usted a comprender plenamente que Jesucristo, el Hijo de Dios, se despojó de su gloria y poder y vino en carne para **morir** por nuestros pecados? (ver Filipenses 2:5-8). ¿Se da cuenta de que Jesús,

¿Es necesario el bautismo?

habiendo estado con el Padre por toda una eternidad, estuvo dispuesto a renunciar a toda su grandeza para **servirnos** a usted y a mí, dándonos así la oportunidad de recibir la vida eterna y de estar con Él y con el Padre en su Reino como *verdaderos hijos de Dios*? (ver Juan 1:1-12).

Ahora que se prepara para el bautismo, ¿está decidido, con la ayuda de Dios, a demostrar absoluta **lealtad y amor** a Jesucristo su Salvador, su Señor y Maestro, su Sumo Sacerdote y Rey venidero?

Estas son preguntas de fundamental importancia; y es necesario responderlas con sinceridad. Porque cuando usted sea bautizado, estará haciendo un **pacto** sagrado con su Creador para *amarle y servirle* desde ese momento y para siempre.

Dios hizo todas las cosas por medio de Jesucristo (Juan 1:1-3; Colosenses 1:16). Por tanto, estamos en deuda con el Padre y su Hijo por habernos creado y por sostener la Tierra en que vivimos, el aire que respiramos, el agua que bebemos, el alimento que comemos y **todo** lo que existe: Dios el Padre, mediante Jesucristo, creó nuestra **mente**; y esa misma mente la usa el hombre para razonar acerca de un ser superior conforme a su propia imaginación; y para justificar robos, mentiras y demás desafueros! Como lo explicó el apóstol Pablo en Romanos 8:7-8: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”.

Por todo lo anterior, debemos comprender que necesitamos el perdón de Dios. Que urgentemente necesitamos un Salvador, un Sumo Sacerdote que nos ayude a salir de nuestros pecados. Que nos dé la fuerza espiritual para **vencer** y desarrollar el carácter de Dios. Pero nosotros debemos aportar una gran dosis de buena voluntad para **arrepentirnos** de nuestra hostilidad natural hacia Dios y aceptar sinceramente la sangre derramada por Jesucristo, la **vida** misma del Hijo de Dios, como pago por nuestros pecados.

¿Ha llegado usted a este punto en *su vida*?

Cómo cambiar su vida

En la Biblia encontramos relatos sobre cambios sorprendentes en la vida de muchas personas. ¿Cómo fueron capaces de realizar esos cambios radicales? ¿Le será posible a usted hacer cambios semejantes en su propia vida? Hay dos claves esenciales para lograrlo.

En el capítulo 2 del libro de los Hechos leemos sobre muchas cosas que ocurrieron en los inicios de la Iglesia del Nuevo Testamento. El apóstol

Pedro predicó un poderoso sermón ante varios miles reunidos para observar la Fiesta de Pentecostés. Muchos de los que escuchaban habían estado entre la multitud reunida frente al tribunal de Juicio de Pilato hacía poco más de siete semanas. En esa ocasión habían gritado: “¡Crucifícale, crucifícale!” Mientras Pilato trataba de liberar a Jesús de Nazaret. Ahora, **aceptando** la verdad predicada por Pedro, captaron la magnitud de lo que habían hecho. Sintiéndose profundamente culpables y avergonzados preguntaron: “¿Qué haremos?” (Hechos 2:36-39). Pedro les respondió exhortándolos a que se **arrepintieran**. **Fe y arrepentimiento** son claves esenciales sin las cuales un verdadero cambio es imposible.

La fe a la que me refiero es real, es viviente y fundamental para el arrepentimiento y nos pone en un estado mental que nos impulsa hacia Dios. Esta fe es una confianza absoluta en el Dios **verdadero** y en sus promesas y nos impele a actuar porque “la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:17). Además, es necesario someternos incondicionalmente a Dios para que podamos creer y confiar plenamente.

En Hebreos 11, llamado el capítulo de la fe, leemos sobre lo que hicieron aquellos hombres y mujeres que tenían fe. Si comprendemos su actitud veremos más claramente cuál es esa fe que puede cambiar nuestra vida: “Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y **creyéndolo**, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la Tierra” (v. 13).

Primero, debemos conocer y comprender las promesas de Dios, su valor y veracidad. Luego debemos incorporarlas a nuestra vida, o sea, desearlas y apreciarlas permanentemente. Porque sin apreciarlas y valorarlas, no podremos permanecer firmes ante los altibajos de la vida. Los héroes y heroínas de la fe mencionados en Hebreos 11 amaron las promesas de Dios y demostraron con sus palabras y acciones que no eran *parte del sistema* de este mundo.

No podemos ser del mundo y ser de Dios al mismo tiempo (Santiago 4:4). Para recibir aprobación y ser aceptados en el mundo, hay que aprobar lo que esta época valora: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:15-16). Este mundo con su sistema de valores corrupto y decadente está por terminar, y pronto será reemplazado por un nuevo mundo basado en los principios eternos de Dios. Ese nuevo mundo, **el mundo de mañana**, permanecerá para siempre.

¿Es necesario el bautismo?

Si realmente creemos estas cosas, **desearemos** entregarnos a Dios de todo corazón y aprenderemos a vivir en armonía con Él. La fe viviente nos hace actuar, y la primera obra que produce es un auténtico arrepentimiento. Así lo demostraron aquellos que escuchaban a Pedro cuando preguntaron: “¿Qué haremos?” Ellos no ofrecieron excusas ni intentaron justificar sus acciones. No empezaron a culpar a otros. Antes bien, con humildad, aceptaron las enseñanzas y se rindieron de corazón. Pedro había predicado el evangelio y ellos *creyeron* su mensaje. Manifestaron su fe al decidirse a actuar de corazón conforme a esa fe. Ese día hicieron la pregunta que deben hacerse todos cuantos deseen un cambio profundo en su vida: “¿Qué haremos?”

Obediencia y salvación

La ley de Dios nos enseña a ser como Él (1 Pedro 1:15-16). Sin embargo, ninguno de nosotros se ha aproximado siquiera a ser como Dios. ¿Qué podemos hacer? Ninguna cantidad de buenas obras que hagamos ahora podrá borrar lo hecho en el pasado. Es algo tan obvio que lo vemos aun en las leyes humanas. Si alguien está detenido por homicidio, ¿podrá la promesa de no volver a hacerlo ganarle la absolución? ¡Por supuesto que no! Si en el futuro guardamos las leyes, estaremos haciendo lo que debemos hacer, pero no será suficiente para pagar por los delitos del pasado.

Todos hemos pecado (Romanos 3:23) y “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Dios hizo posible que se conmutara nuestra pena de muerte entregando a Jesucristo, su único Hijo, para que muriera por nosotros. Es así como somos “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Romanos 5:10).

Dios mismo tomó la iniciativa de reconciliarnos con Él. Nos demostró su gran amor al realizar el mayor de los sacrificios, entregar la vida de su propio Hijo pagando así la pena que merecemos por nuestros hechos, actitudes y pensamientos (Juan 3:16). Pero es necesario que **correspondamos** a la gracia de Dios mediante la fe y el arrepentimiento. El propósito de Dios es salvarnos **de** nuestros pecados, **no en** nuestros pecados. “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?”, se pregunta Pablo. “En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:1-2). Si estamos aceptando la vida eterna como un verdadero regalo de Dios, el cual jamás podríamos merecer ni en un millón de vidas, debemos entonces responder apartándonos de nuestros caminos y tomando los de Dios (Hechos 2:38).

El verdadero arrepentimiento es una actitud de **rendición incondi-**

cional de nuestra vida y nuestra voluntad. Si realmente alcanzamos a ver el glorioso futuro que Dios nos ofrece y verdaderamente creemos en su Palabra, **desearemos** de todo corazón volvemos hacia Dios y seguir sus caminos. Esos son los caminos que cambiaron la vida de los hombres y mujeres de Hebreos 11. Como vemos, la fe viviente **siempre** lleva a la acción, y el arrepentimiento es una consecuencia de la fe viviente. Una vez que la fe nace en nuestro interior, empieza a reflejarse en los cambios exteriores. Si realmente llegamos a odiar nuestra antigua manera de vivir, tendremos hambre y sed de obedecer a Dios.

¿Cree usted que ha sido guiado por Dios para comprender sus muchos errores? ¿Sinceramente ha llegado usted al punto de querer deshacerse de su propia naturaleza humana, mala y egoísta? ¿Está listo para arrepentirse, no solo de lo que ha hecho, sino también *de lo que usted es*?

El rey David sabiendo muy bien lo que Dios pedía, dijo: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmos 51:17). Antes de que sea realidad la conversión, es preciso, en todos los casos, que el individuo sea reducido a la humildad, que Dios le quebrante el orgullo y lo haga consciente de su propia pequeñez. Debe transcurrir un período de tiempo en que la persona se aborrece a sí misma (ver Job 42:1-6), reconoce sus pecados ante Dios y se arrepiente de ellos; cambiando su corazón, mente y voluntad y proponiéndose a seguir un nuevo camino de vida.

Cuando este momento llega, la persona deja de poner en duda las enseñanzas de Dios y de los ministros que están haciendo su obra. Renuncia a sus falsos conceptos de Dios. Deja de discutir sobre la validez de los mandamientos de Dios y empieza a vivir conforme a toda palabra de la Biblia. No se resiente ante la exhortación o la corrección impartida por los siervos escogidos de Dios, sino que **entrega** su vida a Dios conforme a las palabras del apóstol Pablo: “Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en **sacrificio vivo**, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento [no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente; *Biblia de Jerusalén*], para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:1-2). Según esta instrucción de Pablo, nuestra manera de pensar cambia mediante la “renovación” de nuestra mente.

El simbolismo del bautismo

¿Es necesario el bautismo?

“Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo”, escribió Pablo en 1 Corintios 12:13. Juan el Bautista dijo que el Mesías ofrecería dos bautismos: “Espíritu Santo y fuego” (Mateo 3:11-12). Quienes no lleguen a ser parte de la Familia de Dios mediante el Espíritu Santo, finalmente serán sumergidos en un lago de fuego que “no les dejará ni raíz ni rama” (Malaquías 4:1). Jesucristo comparó al Espíritu Santo con “ríos de agua viva” (Juan 4:14; 7:38-39).

En Colosenses 2:12, Pablo compara el bautismo con el sepulcro: “El “viejo hombre” muere simbólicamente en la tumba de agua y luego emerge una nueva criatura. Así pues, el acto de bautizarnos representa nuestra fe en la resurrección, que es nuestra única esperanza de llegar a ser esa nueva criatura.

El bautismo no es un simple ritual sin sentido ni un rito mágico; tiene un simbolismo tan importante que jamás deberíamos tomarlo a la ligera: “Porque somos **sepultados** juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Romanos 6:4-5).

Basado en la fe y el arrepentimiento, el bautismo es una señal exterior de la formalización de un pacto. Además, representa un nuevo comienzo, en el cual el viejo hombre es simbólicamente enterrado con todos los pecados pasados y aparece una nueva criatura. Las aguas del bautismo también simbolizan nuestro lavamiento interno por medio del Espíritu Santo. El sacrificio de Jesucristo pagó la pena por nuestros pecados y ahora aparecemos ante los ojos de Dios completamente limpios. ¡Ha comenzado el proceso de una verdadera conversión!

La función del Espíritu Santo de Dios

Después del bautismo viene la imposición de las manos, práctica que vemos en el ministerio cristiano desde el primer siglo (Hechos 8:18; Hebreos 6:2). En el libro de los Hechos 19:1-6 leemos que en Éfeso Pablo encontró a muchas personas que habían recibido el bautismo de Juan y que nunca habían recibido el Espíritu Santo ni lo habían oído mencionar. Luego, tras aceptar la predicación de Pablo y comprender el verdadero evangelio, se bautizaron nuevamente en el nombre de Jesús, y mediante la imposición de las manos recibieron el Espíritu Santo. El día de Pentecostés, en forma espectacular Dios “llenó” a los discípulos con el Espíritu Santo de un modo milagroso y espectacular. ¿Por qué es necesario recibir el Espíritu

Santo?

En su discurso del día de Pentecostés Pedro, en respuesta a quienes lo escuchaban, dijo que después del arrepentimiento y el bautismo recibirían “el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). ¿Cuál es el propósito de la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida?

Pedro explica que es mediante el Espíritu Santo, el “divino poder” de Dios, como llegamos “**a ser participantes de la naturaleza divina**” (2 Pedro 1:3-4). Es también mediante el Espíritu Santo que Jesucristo mora en nosotros y así nos ayuda para que vivamos tal como vivió Él siendo humano en la Tierra (Gálatas 2:20; Filipenses 2:5-8).

Cuando Cristo vive su vida en nosotros mediante el Espíritu Santo, nuestro cuerpo es considerado como templo de Dios (1 Corintios 3:16; 6:19) y se nos ordena glorificar a Dios en todos los aspectos de nuestra vida (1 Corintios 6:20). Tener el Espíritu de Dios es lo que nos convierte en un pueblo santo. Nosotros no podemos santificarnos a nosotros mismos ni a ninguna otra cosa. Dios es santo y solamente Él puede santificar. Pero si realmente nos arrepentimos y nos dirigimos a Dios con fe, no solo pasará por alto nuestro pasado sino que nos dará su Espíritu Santo. Este Espíritu de Dios que recibimos como un regalo, tiene como objeto transformar nuestra vida por la renovación de nuestra mente (Tito 3:5; Romanos 12:2). Llegamos a ser una nueva creación porque Dios nos convierte o transforma escribiendo sus leyes en nuestra mente y en nuestro corazón (Hebreos 8:10).

Aunque esta conversión ocurre mediante el poder del Espíritu Santo, es necesario que nosotros hagamos nuestra parte. Tenemos que dejar que el Espíritu de Dios nos guíe. En pocas palabras, debemos **caminar con Dios**. El Espíritu de Dios nos guía y fortalece, pero jamás se apodera de nosotros. De manera que Dios debe contar con nuestra buena voluntad para poder dirigir nuestra vida. Sin contar con el poder del Espíritu Santo todo esfuerzo nuestro resulta inútil, pero sin nuestro esfuerzo el poder de Dios está incapacitado para actuar. Podríamos comparar este poder de Dios con la energía potencial; imaginemos una habitación dotada de electricidad, pero no tendrá luz mientras el interruptor esté apagado. La luz está allí en potencia, pero no alumbrará hasta que la participación humana cierre el circuito, permitiendo que el fluido eléctrico produzca la iluminación. Es indispensable la presencia del Espíritu Santo dentro de nuestro ser para que algún día, finalmente, logremos alcanzar la eterna salvación.

Aceptando la sangre derramada por Jesucristo y mediando la fe y el

¿Es necesario el bautismo?

arrepentimiento, seremos justificados, o sea, hechos inocentes delante de Dios (Romanos 5:9). En seguida Dios nos santifica poniendo su Santo Espíritu a morar dentro de nosotros. Este Espíritu nos permite alcanzar un profundo entendimiento de las cosas espirituales y nos faculta para vivir a la manera de Dios. Como cristianos, debemos seguir creciendo en gracia y conocimiento (2 Pedro 3:18). Y si andamos conforme al Espíritu Santo, se cumplirá en nosotros la justicia de Dios basada en sus leyes (Romanos 8:4).

La muerte de Jesucristo nos *justifica*, pero al final “*seremos salvos por su vida*” (Romanos 5:9-10). Si en algún momento nos salimos del camino y cometemos pecado, tenemos al Cristo **viviente** sentado a la diestra del Padre en los Cielos. Él es nuestro Sumo Sacerdote que *intercede activamente* en nuestro favor (Hebreos 4:14-16), y al mismo tiempo vive su vida, que venció al pecado en la carne, dentro de nosotros por la presencia del Espíritu Santo (Gálatas 2:20). Esta íntima relación con Dios mediante su Espíritu, nos refuerza la esperanza de recibir la vida eterna al regreso de Jesucristo. Y la mejor **prueba** que tenemos de ello es la resurrección de nuestro Salvador (1 Corintios 15:20-23).

Dios nos coloca dentro de su Iglesia

Mediante el bautismo y la recepción del Espíritu Santo, *automáticamente* somos bautizados dentro de la verdadera Iglesia de Dios. “Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13), porque la Iglesia de Dios está integrada por todos aquellos que tienen el Espíritu Santo y son **guiados por Él** (Romanos 8:14).

¡Nadie puede simplemente “afiliarse” a la verdadera Iglesia de Dios! Es necesario que Dios nos “llevé” o nos “llame” y luego nos coloque dentro de su Iglesia dándonos el Espíritu Santo. Recordemos estas palabras de Jesús: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día posterero” (Juan 6:44).

¡Dios *tiene* una Iglesia organizada, y *siempre la ha tenido!* Como afirmó Jesucristo: “Edificaré mi **Iglesia**; y las puertas del *hades* no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). El hecho de que el *hades* o la tumba no prevalecerá sobre la verdadera Iglesia de Dios, debe tomarse en dos sentidos: En primer lugar, debemos entender que Dios **jamás** permitirá que su Iglesia sea completamente destruida o deje de existir. Y en segundo lugar, debemos recordar que los verdaderos cristianos tenemos como principal esperanza la **resurrección** de la muerte. Y aunque los cristianos mueran,

vivirán de nuevo al sonido de la séptima trompeta, icuando Cristo regrese a la Tierra como Rey de reyes! “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:51-52).

En 1 Corintios 12:12-27, el apóstol Pablo les dice a los miembros de la Iglesia que son el “cuerpo” espiritual de Jesucristo. Y así como nuestras manos, pies, ojos, oídos y mente en nuestro cuerpo *físico* deben trabajar unidos para que todo el organismo funcione apropiadamente; también el cuerpo *espiritual*, la Iglesia de Dios, debe estar organizado con cada miembro cumpliendo las funciones asignadas por la Iglesia; en la cual Jesucristo es la **Cabeza** activa y viviente (Efesios 1:22-23) y el encargado de fijar tanto las asignaciones como las metas. El Cristo resucitado, antes de ascender al Cielo dejó la siguiente ordenanza: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20).

Según estas instrucciones, el trabajo primordial de la verdadera Iglesia es *ir* a todas las naciones y predicar el mismo mensaje que Jesús predicó sobre el venidero Reino de Dios. Luego la Iglesia se encargará de enseñar a la gente **todas las cosas** que Jesús enseñó a sus discípulos: El **camino** de vida basado en la sincera obediencia a la ley espiritual de Dios y la necesidad de **someterse** por completo a Jesucristo, permitiendo que *viva su vida* en cada uno de los miembros del pueblo de Dios.

Sabiendo que necesitamos instrucción, enseñanza, ánimo y orientación para alcanzar el Reino; Dios nos ordena lo siguiente: “Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos lo tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuando veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:24-25).

Observemos que se nos exhorta a **no** dejar de congregarnos. Esto significa que debemos reunirnos los sábados de Dios y durante sus fiestas santas conforme al ejemplo de Jesucristo y los apóstoles (Lucas 4:16; Hechos 17:2).

Aunque hay quienes se jactan de ser cristianos independientes, ese nunca ha sido el camino de Dios. A lo largo del libro de los Hechos se habla de una Iglesia unificada que se congrega y trabaja unida en todo lo posible.

¿Es necesario el bautismo?

Todos necesitamos el compañerismo, el amor, los buenos ejemplos y el apoyo de nuestros hermanos en Cristo que se esfuerzan por vivir “de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). La verdadera Iglesia, llamada doce veces en el Nuevo Testamento la “Iglesia de Dios”, nos brinda la oportunidad de disfrutar del compañerismo cristiano, del crecimiento espiritual y del servicio de Jesucristo.

Quien rehúse congregarse con otros que están creciendo y llevando adelante la obra de Dios, hace todo lo contrario de lo que Cristo y los apóstoles enseñaron y practicaron. Porque debemos aprender a **amarnos** unos a otros, a **perdonarnos** y mediante el Espíritu Santo en nosotros, aprender a **crecer** en amor. Como leemos en la Palabra de Dios: “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso: Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de Él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Juan 4:20-21).

Un pacto con el Creador

La Palabra de Dios es absolutamente clara en que el bautismo cristiano es un asunto de adultos y que la decisión al respecto debe hacerse luego de una profunda reflexión y de un sincero arrepentimiento. Recordemos que el bautismo simboliza la muerte y **sepultura** de nuestro viejo ser egocéntrico y que, al decidirnos, estamos haciendo un **pacto** con nuestro **Creador** mediante el cual aceptamos la sangre derramada de Jesucristo como pago por nuestros pecados y además, le reconocemos como nuestro Señor y Maestro, Sumo Sacerdote y **Rey** venidero, a quien desde ahora vamos a rendir **obediencia**.

En ese pacto, por parte de Dios, se nos promete el regalo o “don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38); tan importante porque nos impregna con el carácter y la naturaleza espiritual del mismo Dios. Como lo explica el apóstol Pablo: “El **amor** de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). Y como leemos en Gálatas 5:22-23, “el fruto” o el efecto de la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida es “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza [o dominio propio]”.

El Espíritu Santo nos da el amor y la fuerza espiritual para obedecer a Dios, para contener nuestra concupiscencia y seguir los diez mandamientos como camino de vida. “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). De manera que no es por nuestra fuerza humana que guardamos los manda-

mientos, sino que es el mismo **Jesucristo** quien lo hace, viviendo su vida en nosotros mediante la presencia del Espíritu Santo.

En Mateo 24:13 dijo Jesús: “El que persevera hasta el fin, este será salvo”. Si es que anhelamos heredar el Reino que Dios ha preparado para los que le aman, debemos permanecer fieles hasta el final, como está claramente establecido en Juan 15:4: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”. ¿Cómo podemos permanecer en Cristo? Dejemos que la misma Palabra de Dios nos dé la respuesta: “En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él, pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en Él. **El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo**” (1 Juan 2:3-6).

Permanecer significa vivir firmemente anclados en la verdad de Dios. Recordemos que la Biblia demuestra que la verdad no es una simple lista de doctrinas para comentar, sino que es un *camino de vida* que debemos recorrer y obedecer” (Gálatas 3:1; 2 Pedro 2:2, 21).

Muchos dentro de la cristiandad tradicional piensan que la salvación se obtiene sin compromiso alguno por parte del que es salvo de sus pecados. Sus maestros y autoridades religiosas, que se dicen representantes de Dios, les han restado importancia a la verdadera promesa y los propósitos del Creador, ofreciendo una “gracia fácil”, sin auténtico arrepentimiento. Prometen la “libertad” enseñando que la ley de Dios es un yugo de esclavitud, algo relegado a la historia y que no es necesario obedecer. En realidad esa doctrina de la “gracia fácil”, en la que toman a Cristo como alguien que ya lo hizo todo por nosotros, hace caer a sus seguidores en la esclavitud del pecado y la corrupción. “Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción” (2 Pedro 2:19).

Por el contrario, Jesús dijo que todo el que quiera seguirle debe estar dispuesto a perderlo todo, hasta su propia vida (Mateo 16:24-25). Él solo se conforma con una total dedicación y un compromiso incondicional de quienes lo acepten como Señor y Salvador. “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella... No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que **hace la voluntad de mi Padre** que está en los Cielos” (Mateo 7:13, 21). Este es el **pacto** que firmamos con nuestro Creador en el bautismo.

¿Es necesario el bautismo?

Para toda persona que llegue a recibir la salvación de Dios, la Biblia revela un maravilloso destino, mostrándole que el mismo Dios se está reproduciendo en nosotros convirtiéndonos en sus verdaderos hijos. Es un proceso que se inicia desde nuestra conversión. Pero recordemos siempre que la verdadera conversión conlleva una entrega total de nuestra vida y voluntad al Dios Todopoderoso.

Si nos entregamos a Dios en esa forma, Él nos va a perdonar, luego a transformar y finalmente nos hará entrar en su glorioso Reino como verdaderos hijos. Sin embargo, durante el proceso, vamos a encontrar muchas dificultades y sufriremos persecuciones al tratar de vivir conforme a las instrucciones de Dios en lugar de seguir las tradiciones y costumbres de los hombres. Pero jamás olvidemos las palabras del apóstol Pablo: “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18).

Nuestro pacto personal con el Creador al bautizarnos incluye un *compromiso de cambiar a lo largo de nuestra vida*. Debemos cambiar en lo que sentimos, en lo que hacemos y primordialmente, en lo que **somos** interiormente. La verdadera conversión nos lleva a ser “hechos conforme a la imagen de su Hijo para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29).

ACTÚE conforme a la verdad

Dios nos dice en Santiago 1:22-23: “Sed hacedores de la palabra y no tan solamente oydores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, este es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural”. En otras palabras, no basta interesarnos en la verdad, sino que debemos **actuar** conforme a ella. La mayoría de las personas que han llegado hasta este punto en su lectura, se estarán dando cuenta de que Dios las ha puesto en contacto con su Iglesia. Posiblemente ya habrán llegado a comprender el verdadero **propósito** de la existencia humana y el **camino** de vida revelado en la ley de Dios. Quizás han aprendido también sintonizando los programas de radio y televisión de *El Mundo de Mañana*, o leyendo la revista *El Mundo de Mañana* y otras publicaciones. Entonces, ¿por qué no **actuar** conforme a esta preciosa verdad? *iNo lo tome a la ligera!* Si ha llegado a comprender el propósito de Dios en la vida de cada uno de nosotros, ¿para qué esperar más? No espere hasta que considere que ya ha vencido o hasta que crea que ha alcanzado un “perfecto” entendimiento o un “perfecto” arrepenti-

miento. Porque no lograremos siquiera *iniciar* el camino hacia la perfección hasta **después** de haber sido bautizados y haber recibido el Espíritu Santo que nos guía y fortalece.

Si usted sinceramente se ha arrepentido, si ha valorado la responsabilidad del **pacto** y se da cuenta de que necesita ser bautizado, entonces *póngase en contacto con nosotros*. La Iglesia del Dios Viviente cuenta con ministros y personas preparadas en muchos lugares del mundo. Si usted lo solicita, estas personas se pondrán en comunicación para formalizar una entrevista para hablar del bautismo. **Ninguno** tocará a su puerta si usted no lo ha invitado. Antes bien, esperarán a que usted les indique el momento y lugar que más le convenga.

Es importante aclarar que tampoco ejercemos presión alguna para que usted se “afilie” a ningún grupo. De hecho, nuestros ministros simplemente hablarán con usted, responderán a sus preguntas y le darán algún material de lectura y estudio *antes* de que sea bautizado. Nosotros también necesitamos estar seguros de que *usted* realmente está listo para el bautismo. Una visita inicial le dará la oportunidad, probablemente por primera vez en su vida, de consultar con un ministro auténtico de Dios que entiende y enseña toda la **verdad** de Dios.

Siéntase en entera libertad de llamarnos o escribirnos en cualquier momento. Nuestras direcciones y números de teléfono aparecen al final de este folleto. Será un gusto para nosotros escucharle y servirle en todo lo posible, porque usted estará en contacto con la Iglesia del Dios Viviente. ¡Que Dios le conceda el entendimiento, el amor y sobre todo el **valor** para actuar conforme a la preciosa verdad que ha recibido! [MM]

El Mundo de Mañana

Direcciones postales

Estados Unidos

Apartado 3810
Charlotte, NC 28227-8010
Tel. 1 (704) 844 1970
media@lcg.org

Costa Rica

Apartado 234
6151 Santa Ana 2000
www.mundomanana.org
viviente@lcg.org

